

Edición y traducción de literatura en el Litoral argentino. Un relevamiento contextualizado desde fines del siglo XIX al presente¹



Bernardo Orge

bernardo_orge@hotmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-0141-7200>

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades (Universidad Nacional de Rosario-
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas), Argentina.

Resumen

Desde una perspectiva heredera de la sociología de la traducción y de la historia de la traducción y la edición, este trabajo analiza una serie de escenas de traducción literaria que tuvieron lugar desde finales del siglo XIX y resultaron significativas para el circuito editorial inmediato que conforman las ciudades de Rosario, Santa Fe y Paraná. Se lleva a cabo un relevamiento contextualizado de la práctica traductora en su relación con la actividad editorial en la región, con atención en tres aspectos complementarios: la figura del traductor o traductora, las políticas editoriales de los sellos, y su posición relativa en el campo editorial nacional y en el mercado global de traducciones. Como resultado se identifican dinámicas históricas que permiten sacar conclusiones más allá de los casos particulares, y dirimir en qué grado la baja proporción de traducciones editadas en la región obedece a causas económicas y en qué grado a causas culturales.

Palabras clave: geografías de la edición, historia de la traducción en Argentina, Litoral argentino, políticas editoriales, traducción de literatura

Literary Publishing and Translation Along the Argentine Coastline: A Situated Analysis from Late 19th Century to the Present Day

Abstract

From a perspective borrowed from the sociology of translation and the history of translation and publishing, this paper analyzes a series of literary translation scenes that started at the end of the nineteenth century and were significant for the immediate publishing circuit made up of the cities of Rosario, Santa Fe, and Paraná. We will perform a situated analysis of translatory practice in relation to publishing activity across the region, highlighting three complementary aspects: the role of translators, publishing houses' policies, and publishing houses' position compared with the publishing

1 Este artículo es resultado parcial de una investigación sobre la historia de la edición de literatura en el litoral argentino, llevada a cabo en el marco de una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET), por el proyecto de Unidad Ejecutora "Políticas y usos del archivo" del Instituto de Estudio Críticos en Humanidades (UNR-CONICET).

market at the national level and the translation market worldwide. As a result, we will identify historical dynamics that allow us to draw some conclusions beyond particular cases and find to what extent the low rate of translations published across the region is due to economic causes and to what extent it is due to cultural causes.

Keywords: publishing geographies, history of translation in Argentina, Argentine littoral, publishing policies, literary translation

Édition et traduction de littérature dans le littoral argentin : une analyse située dès fins du XIX^e siècle jusqu'aujourd'hui

Résumé

Dans une perspective empruntée à la sociologie de la traduction et à l'histoire de la traduction et de l'édition, cet article analyse une série de scènes de traduction littéraire qui ont débuté à la fin du XIX^e siècle et qui ont été significatives pour le circuit éditorial immédiat constitué par les villes de Rosario, Santa Fe et Paraná. Nous effectuerons ici une analyse située de la pratique de la traduction par rapport à l'activité éditoriale dans toute la région, en mettant l'accent sur trois aspects complémentaires : le rôle des traducteurs-es, les politiques des maisons d'édition et la position des maisons d'édition par rapport au marché de l'édition au niveau national et au marché de la traduction à l'échelle mondiale. Nous identifierons ainsi des dynamiques historiques qui nous permettront de tirer des conclusions au-delà des cas particuliers, et de déterminer dans quelle mesure le faible taux de traductions publiées dans la région est due à des causes économiques et dans quelle mesure elle est due à des causes culturelles.

Mots-clés : géographies éditoriales, histoire de la traduction en Argentine, le littoral argentin, politiques éditoriales, traduction de littérature

Introducción

En 1949, seis años después de que fueran reunidos en un solo volumen por el sello neoyorquino Harcourt y a solo tres años de su edición definitiva en Faber & Faber, el poeta rosarino Arturo Fruttero tradujo los *Cuatro cuartetos* de T. S. Eliot (2022). Esta versión precede a la de 1951 de Vicente Gaos y a la que en 1956 llevó a cabo Juan Rodolfo Wilcock, de modo que se trata de la primera traducción al español del poema completo de la que se tenga registro.

Fruttero, figura relevante del medio poético de la ciudad de Rosario a mediados del siglo xx, fue un exponente lateral de la generación poética del cuarenta, autor de versos que dan la nota de su generación, como los de “Elegía a tres rosas olvidadas” (“Velada rosa del nadir. / Rosa más secreta que la noche. / En ti anida mi amor y tú le arrobas, / Circuída entre sombras y silencios” —Fruttero, 2000, p. 103—), pero también de otros como los del “Canto al dedo gordo del pie”, que, como escribe Martín Prieto, “anticipan lo que unos años más tarde se va a conocer en toda América Latina como antipoesía” (2006, p. 363).

La influencia de la obra poética de Fruttero en los autores locales que lo sucedieron no es despreciable, pero su rol como traductor y divulgador de poesía extranjera tampoco. Por lo menos durante las últimas dos décadas de su vida dedicó parte de su tiempo a traducir, esporádica, pero metódicamente, poemas de autores ingleses y franceses. Según Hugo Padeletti, “Tenía mucha garra y le dedicaba horas, [...] era capaz de trabajar tres meses solo en Hopkins” (en *Reacción Clarín*, 2011).

Según consta en “Las traducciones de Fruttero”, un breve apéndice incluido en su *Obra poética*, realizó versiones de, entre otros, Percy B. Shelley, D. H. Lawrence, Charles Lamb, Edith Sitwell, Gérard de Nerval, Charles Baudelaire y Emily Brontë (Fruttero, 2000). De su traducción de los *Cuatro cuartetos* aparecieron adelantos en *ARCI*, la revista de la Asociación Rosarina

de Cultura Inglesa, que en su número 15, de 1949, publicó “Burnt Norton”, y en el 19, de 1950, “The Dry Salvages” (véase el apéndice en Fruttero, 2000). El poema completo, sin embargo, permaneció inédito. Como queda dicho, de haberse publicado habría sido la primera edición en español de una de las obras principales de Eliot (Brasca, 2024).

Arturo Fruttero parece haber albergado esa expectativa, porque cuando, en 2018, la investigadora y profesora en letras Érica Brasca dio con las copias mecanografiadas de la traducción, de la que hasta entonces no se tenía registro, encontró también “una hoja de papel cuadriculado con un boceto de portada hecho con birome azul en el que se lee: ‘T. S. ELIOT / CUATRO / CUARTET[OS] / TRADUCCIÓN DE / ARTURO FRUTTERO / DODECAEDRO / ROSARIO / 1949’” (Brasca, 2022). Es probable que Dodecaedro, del que no se dispone de información alguna, haya sido un sello ideado por el propio Fruttero para llevar a cabo el proyecto trunco de edición. Luego de su muerte y hasta el hallazgo de Brasca, los papeles permanecieron olvidados. Recién en 2022, la Editorial Municipal de Rosario publicó por primera vez la traducción de los *Cuatro cuartetos* (Eliot, 2022) que Fruttero había terminado en 1949.

Lejos de ser anecdótico, este episodio reúne una serie de peculiaridades que permiten caracterizar las dinámicas de traducción y edición de literatura traducida en las ciudades del interior de Argentina: un poeta atento a las novedades editoriales anglosajonas lleva a cabo una traducción pionera de una obra central de la literatura inglesa del siglo xx. Difunde parte de su trabajo en el órgano impreso de una institución local, la Asociación Rosarina de Cultura Inglesa, cuyos bibliotecarios y bibliotecarias probablemente le hayan suministrado los originales recién editados de esa obra y que, además, debe haber constituido un ámbito propicio para conversar sobre literatura escrita en inglés. Aunque es un poeta relevante para la tradición literaria local y su obra se reedita y se discute; aún más, aunque su trabajo

como traductor es recordado gracias al relato de quienes lo conocieron y es comentado en algunas notas periodísticas (Aguirre, 2004), su principal traducción permanece olvidada. Tuvieron que pasar setenta años para que una investigadora encontrase en un archivo, quizás frecuentado por muchos investigadores antes que ella, las ahora viejas versiones de Eliot. Es un sello municipal, finalmente, el que publica el libro, después de lidiar, quizás por primera vez, según se desprende de su catálogo, con los trámites necesarios para obtener los derechos de traducción de una obra extranjera.

Como se ve, lo que importa no es tanto detenerse en un traductor sobresaliente del medio rosarino, sino llamar la atención sobre las lógicas que pone de manifiesto su trabajo y su derrotero editorial: el lábil estatuto de la figura de traductor literario en la región; el rol de las instituciones culturales locales; la histórica desatención al nicho de literatura traducida por parte de los sellos del interior y sus causas más probables —las dificultades logísticas propias de editar lejos de Buenos Aires y el consecuente poco dominio de los requisitos legales y administrativos que implica participar del mercado internacional de traducciones—; pero también el modo en que los escritores del Litoral argentino a lo largo del siglo xx y hasta la actualidad han entendido la traducción literaria como un “laboratorio de escritura” (Domínguez, 2018); los intercambios que esta práctica les habilitó con pares de otras partes del país y del mundo, y, más acá en el tiempo, la importancia de los estudios sobre traducción y su correlato editorial —representados en la investigadora que encuentra el manuscrito y le asigna relevancia—, y la incipiente, pero creciente atención que los sellos de la región muestran hacia las traducciones.

Desde una perspectiva heredera de la sociología de la traducción (Heilbron, 2010; Heilbron y Sapiro, 2007; Sapiro, 2008) y de la historia de la traducción y la edición (Falcón, 2016; Falcón y Willson, 2022; Pagni, 2014), este trabajo se propone analizar una serie de escenas de

traducción literaria que tuvieron lugar desde finales del siglo xix y resultaron significativas para el circuito editorial inmediato que conforman Rosario, Santa Fe y Paraná, tres ciudades de la región cultural argentina conocida como Litoral, que comprende territorios de seis provincias adyacentes a los ríos Paraná y Paraguay, y no constituye una jurisdicción político-administrativa subnacional en sí misma. Se pretende, entonces, llevar a cabo un “relevamiento contextualizado” (Falcón y Willson, 2022) de la práctica traductora en su relación, fuerte o débil, con la actividad editorial en la región; por lo tanto, se hará foco en la descripción de los contextos históricos y culturales en los que se editó cada traducción, y se relegarán el análisis normativo y el cotejo de versiones.

El relevamiento incluye tanto traducciones de autores del Litoral editadas en otros puntos del país como traducciones de autores de otras partes del país editadas en el Litoral. Esta decisión pretende evitar un análisis esencialista y estático para, en cambio, poner en evidencia las dinámicas de interdependencia de los circuitos editoriales de provincia y el mercado nacional.

En cada caso relevado, siempre que las fuentes lo permitan, se atienden tres aspectos de distinto orden, aunque complementarios: en primer lugar, la figura del traductor: sus criterios de selección, los objetivos que persigue al emprender su trabajo, su grado de profesionalización. En segundo lugar, las políticas editoriales de los sellos: de nuevo, qué pautas de selección manejan, pero también qué políticas de conformación de catálogo siguen. Por último, se observa la posición relativa de los sellos en el campo editorial nacional y, si cabe, su participación en el mercado global de traducciones.

El objetivo que se persigue es menos sugerir una periodización de la traducción de literatura en el Litoral argentino que identificar dinámicas históricas que permitan sacar algunas conclusiones más allá de los casos particulares. Más específicamente, se busca dirimir en qué grado la baja proporción de traducciones editadas en

la región obedece a causas económicas y en qué grado a causas culturales (Sapiro, 2008).

Conviene tener presente una serie de advertencias. Ante todo, que en la zona geográfica a la que nos referimos, si tomamos en consideración volúmenes y modalidades de producción, no existe una industria editorial consolidada, sino más bien emprendimientos editoriales de escala pequeña o media, semiprofesionalizados. La proporción de traducciones en los catálogos de los sellos más relevantes del siglo xx es muy baja. Este hecho relativiza los análisis estadísticos, al menos hasta alcanzar las últimas tres décadas, cuando el número de traducciones editadas por ciertos sellos de la zona comienza a crecer. En consecuencia, en un primer momento, el análisis que propone este artículo apela sobre todo a lecturas cualitativas basadas en los indicios que brindan el estudio de catálogos, las propias ediciones contempladas en su materialidad, los paratextos, las referencias que puedan surgir de la historia oral de la literatura local y la historia cultural de la región en sentido amplio. En un segundo momento, cuando se aborden los sellos activos en la actualidad, estos aspectos se complementan con variables cuantitativas.

Por otra parte, esta propuesta parte de la base de que para comprender adecuadamente el desenvolvimiento del campo editorial del Litoral no es suficiente con examinar exclusivamente las periodizaciones de consenso académico que se siguen para estudiar el desarrollo de la actividad editorial en el país (De Diego, 2014): es necesario tener en cuenta fenómenos concomitantes de carácter local. Es decir, sobre los procesos sociohistóricos que se plantean como determinantes para el desarrollo del sector en el país —alfabetización, inmigración masiva, apertura de mercados externos producto de la guerra civil española, ascenso social y aumento del mercado interno, liberalización y concentración, etc.— conviene proyectar otros, más situados, como el proceso de consolidación del campo cultural en la región, la creación de la Universidad Nacional del Litoral (UNL) y las

alianzas y disputas estéticas entre autores y editores locales y foráneos.

Finalmente, como se desprende de lo anterior, este estudio no pretende sugerir que existen campos editoriales regionales autónomos del campo nacional. Todo lo contrario, reflexionar sobre la traducción literaria en términos de geografía de la edición permite identificar flujos y redes intelectuales que ponen de manifiesto los vínculos de ida y vuelta entre las iniciativas editoriales provincianas y las de otras partes del país y del mundo.

1. Las primeras traducciones: distinción de clase e identidad regional

Acatando el consejo de Juan María Gutiérrez —“siga usted leyendo y estudiando y aprendiendo idiomas extranjeros: sin la adquisición de estos no puede ir muy lejos ni en ciencias ni en letras” (Carrasco, 1893, p. 378)—, pero obedeciendo también, aunque sin saberlo, el mandato de reivindicación humanística que de a poco comenzaba a imponerse a la clase dirigente rosarina, advenediza y mercantilista, en 1878 Gabriel Carrasco dio a conocer versiones en español de cuatro sonetos de Petrarca (Carrasco, 1893, pp. 354-359). Para cuando sus traducciones fueron publicadas en libro en 1893, Carrasco, que se había concentrado en su carrera política, hacía dos años que había dejado de ejercer como intendente de Rosario. *Cosas de Carrasco*, como se titula aquel volumen, editado en Buenos Aires por Peuser, pertenece al por entonces frecuentado género de las misceláneas y reúne una amplia variedad de piezas: memorias, relatos costumbristas, cuentos, poemas.

La inclusión de textos traducidos en este tipo de libro siempre reviste un carácter ambiguo: por un lado, anacrónicamente, podría tomarse como un gesto moderno *avant la lettre*: se les otorga entidad y valor al punto de considerarlos como textos propios; por otro, se puede pensar que al integrarlas a un libro propio, sus autores —Carrasco en este caso— no diferencian

las traducciones del resto de sus escritos y que, por lo tanto, las ven como mero divertimento, una deriva más de sus prácticas letradas de aficionado.

Por supuesto, la segunda opción resulta más probable, y el prólogo, firmado en medio de los disturbios desencadenados en la ciudad por la llamada Revolución radical de 1893, liga sus escritos a su vida más que a sus ambiciones artísticas y parece apuntar en ese sentido: “esta colección de trabajos literarios de diverso género es, realmente, un conjunto de recuerdos de mi propia vida, una especie de fotografía moral, en que está retratada mi manera de ser” (Carrasco, 1893, p. 3). En todo caso, a mitad de camino entre una interpretación y otra, Carrasco quizás le escamotea especificidad a la práctica traductora, pero, al mismo tiempo, le concede el valor necesario como para hacerla parte de un libro propio.

Después de Gabriel Carrasco, otros se enfrascaron en ejercicios parecidos (Aguirre, 2004), como Juan Arengo, quizás el primero, que unos pocos años más tarde, en 1896, costeó la edición de sus *Traducciones de Horacio*. El libro se imprimió esta vez sí en Rosario, en los talleres de la imprenta La Velocidad.

Arengo era de origen italiano. Tenía 11 años cuando llegó al país en 1833 y estudió en un colegio jesuita, donde aprendió latín. Después de haber obtenido su título de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, partió a trabajar en Santa Fe y Entre Ríos, hasta que en 1865 se afincó en Rosario. Aguirre afirma, siguiendo a Juan Álvarez, que

[...] el traductor de Horacio recibió más elogios que críticas. “A la nave que conduce a Virgilio” se publicó en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, y supuso cierta consagración, ya que recibió felicitaciones de Bernardo de Irigoyen y del escritor chileno Eduardo De la Barra. (Aguirre, 2004, p. 50)

A Arengo le siguió Celestina Funes, que en 1899 publicó sus propias versiones de Horacio

en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (Aguirre, 2004).

Conviene detenerse en el hecho de que en estos casos se trata de versiones de clásicos. Los tres parecen estar indicando lo mismo: en el cambio de siglos, en la región, pero en especial en la ciudad de Rosario, la traducción de obras asociadas al canon europeo operó como mecanismo de distinción para los miembros de una burguesía ascendente, que una vez rubricado su progreso económico, comenzaba a mostrar aspiraciones culturales. Estas no son operaciones de importación literaria: no se traduce a autores extranjeros contemporáneos para darlos a conocer en el campo local, para intervenir en disputas estéticas o para sostener un proyecto artístico; se traduce porque la traducción funciona como emblema de pertenencia a una clase encumbrada no solo económica, sino también culturalmente.

Es cierto que Carrasco, sobre todo, puede asociarse a la figura del “traductor-letrado” con la que Patricia Willson (2008) caracterizó a los miembros de la generación del 80 que llevaron adelante las principales iniciativas de traducción literaria del país a finales del siglo XIX y comienzos del XX: escritores, pero muchas veces también hombres de Estado, pertenecientes a una élite cultural difícil de distinguir de la élite política, “enunciadores de la palabra autorizada en cuanto al juicio de valor literario y la conveniencia de lectura para el público” (p. 41).

A partir de dicha figura, Willson (2005) analizó de manera ejemplar la política cultural detrás de las traducciones aparecidas en La Biblioteca Popular de Buenos Aires, dirigida por Miguel Navarro Viola (1878-1883), y La Biblioteca de *La Nación* (1901-1920), y leyó en sus catálogos el modo en que la clase dirigente, por un lado, impulsó la inmigración y, por otro, buscó homogeneizarla.

Sin embargo, en los casos que nos ocupan, prevalece la particularidad local. Los ocasionales ejercicios de galantería letrada de Carrasco, miembro de esa misma generación, no constituyen

ni pretenden constituir un programa pedagógico para las masas. Ya en el breve intercambio que mantiene con Juan María Gutiérrez, se nota que, por el contrario, los suyos son gestos de distinción intelectual personal, propios de una clase dirigente entre la que se contaban muchos advenedizos, y que deben entenderse en el marco de una ciudad mercantilista que durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX duplicó su población cada diez años, en buena medida por la llegada de extranjeros (Megías, 2010). El crecimiento económico acelerado abría lugar, en una localidad sin fecha de fundación ni prosapia patricia, a las inquietudes artísticas de los sectores acomodados de la sociedad (Montini, 2010).

Entrado el siglo XX, en 1938, la editorial de la UNL publicó *Derrotero y viaje a España y las Indias* (2016), la versión de Edmundo Wernicke de la crónica escrita por el soldado alemán Ulrich Schmidl a mediados del siglo XVI. Hasta donde fue posible verificar durante esta investigación, se trata de la primera traducción impresa en formato libro, en la región geográfica que nos ocupa, que representó una noticia para el público lector, sobre todo para especialistas. En 1903, bajo el patrocinio de la Junta de Historia y Numismática Americana, se había editado una traducción argentina del texto de Schmidl, llevada a cabo por Samuel Lafone Quevedo, pero esta tomaba como fuente el manuscrito de la obra conservado en Múnich, mientras que Wernicke probó, fundándose en un minucioso análisis filológico, que el códice original era el de Stuttgart (El Jaber, 2016). En el prólogo que prepara para la edición de 1938, el traductor lleva a cabo una comparación de los códices y presenta evidencia fundada de las intervenciones de editores y copistas en el manuscrito de Múnich (Wernicke, 2016). Las notas con que acompaña el texto sugieren más argumentos en este sentido.

Eduardo Wernicke nació en Buenos Aires en 1887. Durante su adolescencia y juventud estudió en Alemania y a su regreso a Argentina se instaló en San Luis, cerca de Villa Mercedes,

donde se dedicó a la ganadería, la agricultura y la piscicultura (Mulhall, 2003). Por los años en que estuvo en actividad, es posible presumir que comenzó a trabajar en sus traducciones en su madurez, cuando volvió a instalarse en Buenos Aires.

Además de Schmidl, Wernicke tradujo a otros viajeros de lengua alemana, entre ellos al misionero jesuita Florian Paucke, de quien llevó a cabo una versión completa de sus memorias junto al río Paraná (2010), publicada por el Instituto Antropológico de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Esta edición traducida es en realidad la primera en reunir la totalidad de los textos y las láminas de Paucke, ya que a esa fecha no existía una edición alemana completa. Que esto haya sido así puede entenderse a partir de una afirmación del propio Wernicke en una conferencia sobre el libro de Paucke, pronunciada en la Universidad Nacional de La Plata, que vale también para el texto de Schmidl:

Corresponde estimar el libro de Paucke como una acabada corografía de la tierra santafesina y del sur chaqueño, alrededor de 1760. [...] Parafraseando las palabras de un historiador germano sobre Ulrich Schmidl y la bibliografía argentina, podemos decir también hoy: a Paucke lo conocen mejor en la Argentina que en su propia patria alemana, y esto es natural, porque el texto es esencialmente argentino. (Wernicke, 1944, p. 251)

Ante la pregunta de qué motivaciones tuvo el traductor para emprender su obra, debemos responder, con base en esta cita, que se trató de objetivos principalmente historiográficos, y centrados, al menos en principio, más en el polo argentino que en el alemán del intercambio, más en el mundo representado en los textos —los paisajes y la cultura local— que en sus autores, su estilo y su cosmovisión. Si esta afirmación resulta exagerada, es solo para ilustrar el punto de que los intereses que movilizaban a Wernicke, si desestimamos el placer personal que indudablemente le proporcionaba la tarea, obedecían al deseo de presentar más un documento

que aportara a la conversación historiográfica local, que un texto de una cultura lingüística distinta por su posible valor literario o cultural intrínseco.

Algo similar ocurre en el caso de *Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*, la traducción del historiador santafesino José Luis Busaniche del libro de la alsaciana Lina Beck-Bernard, publicada por la Librería Científico y Literaria El Ateneo, de Buenos Aires, en 1935. Beck-Bernard residió en la ciudad de Santa Fe entre 1857 y 1862, junto a su marido, Charles Beck, quien había sido contratado por el Gobierno argentino para establecer colonias agrícolas en la provincia. A su regreso, publicó en París *Le rio Parana : Cinq années de séjour dans la Republique Argentine*, en 1864, un libro que en Argentina casi no había sido leído hasta la edición de 1935 (Beck-Bernard, 2013).

En su versión, Busaniche se toma una gran cantidad de licencias para intervenir el texto, lo que permite sacar una serie de conclusiones sobre los propósitos que lo llevaron a emprender la tarea. Como se ve, esto queda claro ya a partir del título que decide para el libro: suprime “El río Paraná”, agrega la fecha de la estadía de Beck-Bernard en Santa Fe entre paréntesis y sustituye la denominación “República Argentina” por “Confederación Argentina”. Esto último quizás pueda entenderse si se tiene en cuenta la adscripción de Busaniche a la corriente historiográfica revisionista, que por aquellos años pretendía discutir el relato consolidado por la historiografía liberal en Argentina.

Puede pensarse que a Busaniche le interesaba especialmente designar el territorio nacional según la denominación política correcta que correspondía a la mayor parte de la estadía de Beck-Bernard en Santa Fe, un período histórico que le interesaba particularmente reivindicar. Así lo explica en una nota al pie al prólogo que acompaña al texto: “Hemos preferido esta denominación [...] para traducir el título, por ser más expresiva y ajustarse más a la realidad de los hechos” (Busaniche, 2013, p. 180).

Quizás con este mismo argumento, la “versión española” —tal es la fórmula que usa Busaniche—, omite párrafos en los que la autora se refiere a la fama de tirano cruel y sanguinario Juan Manuel de Rosas, retratado en la versión original según el repertorio de anécdotas unitario. También se omiten pasajes sobre, por ejemplo, la corrupción de los frailes santafesinos o sobre la persecución a la familia Cullen.

Pero aparte de su motivación ideológica, sin dudas comprobable, las intervenciones de Busaniche demuestran otra cosa: que él también concebía el texto como fuente historiográfica más que como una obra literaria o como el registro personal de una experiencia, con las arbitrariedades que esto pueda suponer. De ahí la afirmación de que la denominación “Confederación Argentina” fue elegida por “ajustarse más a la realidad” e incluso las otras modificaciones del título: suprimir “El río Paraná”, “por cuanto puede fácilmente confundir sobre la naturaleza del contenido” (Busaniche, 2013, p. 180), y agregar las fechas entre paréntesis para aludir desde la portada al período histórico en cuestión. Ambas cosas llaman la atención sobre el carácter documental que el traductor le asignaba al texto, algo que comparte con Wernicke, a pesar de las diferencias que existen entre los dos en otros aspectos de su trabajo.²

Si se la evalúa desde el punto de vista de los traductores, la decisión de traducir estos textos y no otros, y el modo de acercarse a ellos, obedece, desde ya, a inclinaciones personales y a los códigos propios de un campo de estudios en particular: el de la historiografía, recientemente consolidada como disciplina. Pero, asimismo, por iguales criterios selectivos, es posible

2 Esto es algo que, a su vez, uno y otro comparten con Carlos A. Aldao —aunque santafesino de origen, miembro de la clase dirigente porteña—, quien entre 1915 y 1921 tradujo siete crónicas de viajeros ingleses en parte para la Biblioteca la Nación y en parte para la colección La Cultura Argentina, y quien, como señalan Patricio Fontana y Claudia Román, “insiste en proponer a estos textos como fuente privilegiada para la escritura historiográfica” (2009, p. 4)

considerarlas iniciativas traductoras de *apropiación*, como las entienden Georges Bastin, Álvaro Echeverri y Ángela Campo a la hora de caracterizar el rol de las traducciones en la conformación de las identidades latinoamericanas. Constituyen “una modalidad creativa de la traducción tendiente a consolidar la identidad de la colectividad a la que pertenece el traductor” y “un proceder selectivo en el que el traductor escoge solo lo que resulta útil para sus propósitos” (Bastin *et al.*, 2004, p. 72).

Ahora bien, si nos preguntamos, para más precisión, por qué estas traducciones circularon en el Litoral y por qué una fue realizada por un profesor santafesino y otra fue editada por la UNL —en cuyo catálogo por entonces no existían otras traducciones—, habrá que buscar las respuestas en las características de la escena artística y científica de la Santa Fe de aquellos años. Las reflexiones en torno a la identidad cultural regional habían tomado otro carácter después de la fundación de la UNL en 1919, y no pocos intelectuales locales pretendían hacer un aporte federalista a las polémicas sobre el “ser nacional” que venían prolongándose desde el Centenario.

Un breve repaso por los primeros títulos editados por los dos principales sellos editoriales santafesinos de la primera mitad del siglo xx, Colmegna y Castellví, que por entonces entraban en su período de mayor actividad, brinda una idea de cuál era el correlato material en publicaciones de todo esto. Entre 1939 y 1943, Castellví publica *Historia del primer movimiento separatista en el Río de la Plata: revolución de 1580 en Santa Fe*, de Ángel Caballero; *Los carnavales de la vieja Santa Fe*, de Clementino Paredes; *Arquitectura de la colonia en el Litoral*, de Hernán Busaniche; una publicación de la Comisión Pro-Monumento al Brigadier General Estanislao López, y *Camila O’Gorman y su época*, de Manuel Vizoso Gorostiaga. Por su parte, Colmegna, apenas después, entre 1945 y 1947, editó la colección Nuevo Mundo, focalizada en literatura e historia del Litoral argentino, que incluyó títulos como *Del pasado entrerriano*,

de Aníbal Vázquez; *Hombres y hechos de Santa Fe*, de José Carmelo Busaniche, y *Che’retá (mi tierra)*, de Gerardo Pisarello. En este marco, resulta entendible la voluntad de editar la aventura fluvial de Schmidl y de llevar al español el registro de la Santa Fe decimonónica de una colona alsaciana.

Mucho más acá en el tiempo, durante la segunda década del siglo XXI, Ediciones UNL y la Editorial de la Universidad de Entre Ríos (EDUNER), los sellos editoriales de las universidades del Litoral y de Entre Ríos, volvieron a publicar los libros de Schmidl y Beck-Bernard. El primero, en la traducción de Wernicke; el segundo, con una nueva traducción que repone el título original y los fragmentos omitidos, pero con el prólogo y los anexos de Busaniche en un apéndice. Mientras tanto, el Ministerio de Cultura de la Provincia de Santa Fe reeditó la traducción de Paucke que la UNT habría publicado en 1944. En los tres casos, el gesto editorial apunta a desplazar las coordenadas de lectura de los textos del lugar de documentos para acercarlos al de la escritura testimonial literaria, como se pone de manifiesto en la gacetilla de presentación de la colección de Ediciones UNL y EDUNER:

La colección tiene como motivo la región que trazan los valles de los ríos Paraná y Uruguay, pero abarca un espacio más bien impreciso, menos geográfico que imaginario, delimitado por las voces y los ojos que lo describen. El País del Sauce busca comprender una idea de cultura que sea creación antes que costumbre y dinamismo antes que museo, ya que el concepto de “región cultural” en vez de hacer referencia a límites o fronteras provinciales, establece zonas de circulaciones y correspondencias. (“El País del Sauce”, 2012)

Este salto cronológico permite notar cómo las operaciones editoriales inciden en las condiciones de recepción de una traducción, pero también cómo se modificaron —y sobre la base de qué continuidades— los campos cultural y editorial de la región al cabo de casi un siglo. Como contraseña, el nombre de esta

colección, *El País del Sauce*, está inspirado en la obra de una figura relevante para la historia de la traducción desde provincias, el poeta entrerriano Juan Laurentino Ortiz.

2. Traducción y redes intelectuales desde provincias: una lectura situada

Como señala Santiago Venturini: “Ortiz hizo de la traducción un ejercicio frecuente, sobre todo a partir de la década del 40, luego de su ‘trasplante’ a Paraná; los años de 1944 y 1945 marcan, quizás, el momento más intenso de esa actividad” (2020, p. 105). De este período datan sus traducciones de las novelas *Legión* y *Las masacres de París*, de Jean Cassou, y *Los hermosos barrios*, de Louis Aragón, que constituyen quizás sus únicos trabajos por encargo para la industria del libro, las tres publicadas por el sello porteño Futuro.

A estos años corresponden también sus colaboraciones en la prensa, especialmente en *El Diario*, de Paraná, en donde publicó versiones de Aragón, Cassou, Francis James y Marie Colmont (Venturini, 2020). Y se estima que la mayoría de las traducciones encontradas recientemente en Barcelona en cuatro carpetas con folios mecanografiados y corregidos por el poeta corresponden a mediados de esta misma década (Ortiz, 2020).

Todos los testimonios indican que aparte de las ediciones que ocasionalmente encargaba en el extranjero —“se gastaba el dinero que no tenía en libros que pedía de Europa” (Manauta, 1997, p. 45)—, la principal fuente de las traducciones de Ortiz fue su colección de revistas francesas. Según los relatos, compraba todas las que podía cada vez que viajaba a Buenos Aires y les encargaba material a los amigos que se acercaban a visitarlo en su casa.

La curiosidad que le despertaba la poesía de todas partes del mundo quizás pueda entenderse como una consecuencia, claro que muy singular, del internacionalismo político y cultural propiciado por los movimientos de izquierda de la época, y quizás quepa sumar otros factores,

como el que sugiere Álvaro Fernández Bravo, relacionado con la inmigración que recibió la provincia de Entre Ríos de diferentes países de Europa (Fernández Bravo, 2017). En todo caso, lo que sí puede afirmarse con certeza, gracias a los estudios de Agustín Alzari, es que la red de contactos intelectuales en la que se formó y a partir de la cual accedió a este tipo de materiales responde al circuito de sociabilidad de izquierda del que hizo parte (Alzari, 2020).

Para entenderlas como un signo de época y como señal de la incipiente circulación de literatura contemporánea de todas partes del mundo en la región, las prácticas traductoras de Ortiz pueden pensarse en paralelo a las de Arturo Fruttero, comentadas en la introducción de este artículo. Ambos empiezan a traducir más o menos durante el mismo período, entienden la traducción como una parte importante de su formación como poetas, están atentos a las novedades y seleccionan su material de revistas y ediciones extranjeras.

Pero si el ejercicio de la traducción como escuela poética y como llave para acceder a una cultura cosmopolita desde ciudades de provincia permite señalar continuidades, la vastedad de la curiosidad de Ortiz, que pretende abarcar todos los rincones del mundo mediante un uso sistemático del francés como lengua relevo, echando mano de forma casi impertinente a la ayuda de terceros —como ocurre con sus traducciones del chino—, constituye una diferencia significativa:

[...] he sido muy curioso. Desde muy chico he leído más o menos la poesía que se ha hecho en todos los continentes; diríamos, tuve la suerte de tener ciertas antologías que me dieron una visión... así, diremos universal, de la poesía de todas las épocas, de todos los continentes [...]. (Ortiz, 2016, p. 162)

Ya se ha llamado la atención sobre esta peculiaridad (Venturini, 2020), que el contenido de las carpetas halladas en Barcelona y presentadas solo parcialmente en la segunda edición de la *Obra completa* del poeta viene a corroborar:

traducciones de autores de Rumania, Ucrania, Polonia, Estados Unidos, Bengala, Argelia, Costa de Marfil, Vietnam, El Líbano... En un sentido parecido, la relación de Ortiz con la literatura mundial ha sido caracterizada como una forma de cosmopolitismo provinciano: “la provincia cumple [...] una función valiosa, productiva, no solo como tópico sino también como una posición que le permite expresar su propio mundo, sus propias palabras, sacando provecho de su localización provinciana” (Fernández Bravo, 2017).

Desde ya, puede seguirse este rumbo para reflexionar con mayor detalle sobre las traducciones del poeta y su gravitación en su propia obra. Para eso remitimos al imprescindible artículo de Venturini (2020). Lo que interesa destacar acá es la novedad que importó en la zona la particular concepción de la literatura mundial de Ortiz, y su rol como agente catalizador de otras prácticas traductorales en el campo poético del Litoral.

Efectivamente, varios poetas de las generaciones subsiguientes, influidos por Juan L. Ortiz, en buena medida hicieron suyo el interés por la traducción. Por ejemplo, Hugo Gola y Juan José Saer, en Santa Fe, y Elvio Gandolfo y Eduardo D’Anna, en Rosario. Pero también Miguel Brascó, quien compiló el libro que, desde su título, es la muestra más elocuente de la concepción ortiziana de la poesía mundial de la que venimos hablando: la *Antología universal de la poesía*, publicada por Castellví en 1953 y reeditada por el mismo sello, en edición ampliada, en 1957.

Miguel Brascó nació en Sastre, Santa Fe, en 1926. Hasta los 12 años vivió en Puerto Santa Cruz, una pequeña localidad de esa provincia patagónica, donde su padre trabajaba como médico rural. A esa edad se instaló con su familia en la ciudad de Santa Fe. Ahí cursó la secundaria; estudió Derecho en la UNL; participó la compañía de títeres del Retablillo de Maese Pedro, fundado por Fernando Birri, y del grupo literario Espadallirio; editó la revista *Laberinto*, y publicó poemas en una antología compilada por Guillermo De Torre en Buenos Aires.

Una vez recibido, a comienzos de la década de los cincuenta, integró el Consejo de Redacción de *Trimestral*, la revista del Instituto Social de la UNL; ingresó a un estudio de abogacía porteño, en donde también trabajaba el poeta César Fernández Moreno y fundó el cineclub de Santa Fe. Al cabo de unos años, viajó a Madrid, para cursar un posgrado en Derecho en la Universidad Complutense, donde entró en contacto con Vicente Aleixandre, entonces decano de Letras. Finalmente, recaló en Holanda y al cabo de un tiempo regresó a la Argentina.

Este brevísimo repaso de su trayectoria biográfica durante su etapa santafesina permite inferir la posición que ocupaba Brascó en el campo cultural de la ciudad: joven, inquieto, bohemio, participe activo de la renovación de la escena literaria local, pero también viajado, conectado, hijo de un reputado profesional, integrante de la vida institucional de la UNL.

Es probable que este perfil haya influido en la decisión de Castellví de impulsar la edición de la *Antología universal de la poesía*. Para el momento en que se publica el libro, el sello contaba unos veinte años de actividad y había editado a figuras consolidadas de la cultura del Litoral, como Velmiro Ayala Gauna, Mateo Booz, Carlos Carlino, Leoncio Gianelo, Gastón Gori, José Pedroni y Agustín Zapata Gollán.

Como quedó dicho, el sello les otorgaba prioridad a los autores de la zona y a las obras literarias y científicas de temática regional. En un catálogo en el que abundan las referencias locales —títulos que aluden a tacuaras, remansos y garzas, compendios de historia “regional” o de folklore “autóctono”—, el proyecto “universal” de Brascó llama la atención. En efecto, los poemas incluidos en aquella antología son las únicas traducciones y de los pocos textos de autores extranjeros publicados por Castellví (si se exceptúa de la cuenta el libro de 1951 de Philippe Greffet, por entonces al frente de la filial santafesina de la Alianza Francesa). En este sentido, la *Antología* es indicio de un cambio en la manera en que los escritores santafesinos

asumían su procedencia provinciana y sus vínculos con el resto del país y del mundo.

La segunda edición de la compilación (Brascó, 1957) incluye 83 poetas en lengua extranjera, procedentes de Brasil, Estados Unidos y diferentes países europeos —Alemania, Austria, Bélgica, Francia, Holanda, Inglaterra, Italia, Lituania, Portugal, Rumania, Rusia y Suecia—. Se trata de una parte significativa del total de 269 autores recopilados. No se incluyen las versiones fuente de los poemas, probablemente por motivos de espacio, pero en casi todos los casos se da el crédito de las versiones. Además del propio Brascó, intervienen 42 traductores.

Brascó lleva adelante por sí mismo traducciones de 36 poetas diferentes, de cinco tradiciones lingüísticas: inglesa, neerlandesa, francesa, rusa y portuguesa. Dominaba el inglés y el francés, y probablemente el portugués. En el caso de las traducciones desde el neerlandés, recibió la ayuda Johan Rebel, probablemente un contacto de su estadía en Holanda. Respecto a la versión de Boris Pasternak que firma, es muy probable que se trate de una traducción indirecta.

El libro reúne una selección de poesía moderna, predominantemente del siglo xx, que incluye también unos pocos clásicos del siglo xix, como los simbolistas franceses y Walt Whitman (Brascó, 1957). Esto significa una novedad para el sector editorial de Santa Fe, que no solía publicar literatura traducida de autores vivos. Las pocas traducciones que circulaban lo hacían, y siguieron haciéndolo, predominantemente en revistas.

Brascó dispone el índice de la compilación del mismo modo en que cualquier habitante del Litoral aficionado a la poesía podría ordenar su biblioteca: en orden decreciente de lo global a lo situado, diferenciando los “Poetas europeos” de los “Poetas españoles”, ya dentro del dominio más restringido de la lengua propia; los “Poetas norteamericanos” de los “Poetas americanos” —donde cabe notar cómo se arroga el calificativo “continental”—, y una vez dentro del país,

los “Poetas argentinos” de los de la zona, los “Poetas del Litoral” (Brascó, 1957). Como se observa, su propuesta no implica directamente renegar del sentido de pertenencia reivindicado por la generación anterior en los catálogos que recorrimos: se incluye una sección específica dedicada a la producción de la región. Más bien se trata de sugerir, en sintonía con Juan L. Ortiz, pero casualmente también con la propuesta de “El escritor argentino y la tradición”, la famosa conferencia de Jorge Luis Borges pronunciada el mismo año en que se editó la *Antología* (Borges, 1996), que lo que corresponde a una posición intelectual marginal no es cerrarse sobre sí misma, sino llevar a cabo una lectura situada de toda la tradición occidental.

Esta iniciativa no tuvo continuidad en el catálogo de Castellví ni en el de ningún otro sello de la región. Los sellos santafesinos más importantes de la primera mitad del siglo xx no disputaron este mercado, a pesar de que eran empresas consolidadas con estructura de imprenta-editorial-librería —Castellví editó entre 15 y 20 títulos por año, llegando ocasionalmente a los 25, un número que hasta la fecha ningún otro sello de la región volvió a alcanzar— y pese a que su período de mayor actividad coincide en parte con la denominada “época de oro” de la industria editorial argentina, cuando el 40 % de la producción nacional de libros se exportaba y se ampliaban las ventas de traducciones (De Diego, 2014). Las causas de esto, cabe inferir, hay que buscarlas no solamente en las dificultades logísticas y comerciales propias de editar desde el interior del país, sino también en las características del proyecto cultural regionalista hegemónico en la época.

Si se aborda el período haciendo eje en la figura de los traductores, en el caso de Juan L. Ortiz es claro que la función importadora obedece a la intención de hacer circular y, en el mejor de los casos, legitimar un tipo de poesía social emparentada con su propia obra. El proyecto de Brascó, mientras tanto, reviste carácter formativo, es la iniciativa de un poeta joven que encara con avidez una gran cantidad de lecturas.

Pero, además, lo ecléctico de su apuesta y la cantidad de agentes que intervienen parecen indicar que, a la postre, la antología le sirvió también para establecer o consolidar redes intelectuales.

Hasta donde se sabe, y a excepción del caso de los poetas chinos, Juan L. Ortiz no entraba en contacto directo con los autores de los poemas que traducía. En cambio, Brascó, aunque por supuesto no conoció a la gran mayoría de los poetas traducidos, sí entabó vínculos con muchos de los autores argentinos publicados y, necesariamente, con los traductores locales de los poetas extranjeros involucrados. Entre ellos se contaban, por ejemplo, Aurora Bernárdez, Adolfo Bioy Casares, Jorge Luis Borges, César Fernández Moreno, Lila Guerrero, Mario Trejo, Juan Rodolfo Wilcock y el propio Juan L. Ortiz.

Esto revela una de las constantes a la hora de evaluar la traducción de literatura desde provincias a partir de la recepción en la cultura meta: además de estudiar cómo la actividad traductora incide en la acumulación de capital simbólico para legitimar una obra literaria en ciernes, es necesario tener especialmente en cuenta cómo este capital se juega directamente en la constitución de redes intelectuales que exceden los límites regionales. Incluso la selección misma de los autores que se van a traducir puede pensarse en función de los intercambios con formaciones culturales de otras partes del país y del mundo que las traducciones extienden o propician.

Este mismo fenómeno puede observarse en dos editoriales de poesía fundadas en la ciudad de Rosario aproximadamente una década después de la *Antología* de Brascó: La Ventana, de Orlando Calgaro, que surgió a partir de la revista del mismo nombre, y El Búho Encantado, de Francisco Gandolfo, derivado de *el lagrimal trifurca*, la publicación que Francisco editaba junto a su hijo Elvio.

Se trata de sellos pequeños, pero con apuestas estéticas definidas que, junto a otros, como La Cachimba, instalaron precozmente en la escena local dos aspectos de la edición literaria de pequeña escala claves hasta el día de hoy: por un lado, la dinámica colaborativa e interdependiente, que les permitió llevar adelante coediciones y estrategias conjuntas de difusión; por otro, la sofisticación en el diseño de sus ediciones, entre las que se cuentan propuestas semiartesanales de una delicada atención a los componentes de la resolución gráfica, que indican una determinación recíproca entre el trabajo poético y el editorial, donde por momentos los extremos de la escritura y la edición de poesía se unen en un solo continuo. Pero, además, fueron los primeros sellos locales en publicar libros de poesía traducida de autores individuales.

Para detenernos solamente en unos pocos casos que ilustran el punto mencionado arriba: La Ventana editó versiones de Eugenio Montale, Salvatore Quasimodo y Dino Campana, elaboradas por Rodolfo Alonso, un poeta del grupo que había editado la revista porteña *Poesía Buenos Aires*. El Búho Encantado también publicó traducciones de Alonso —de Guido Cavalcanti y Cecco Angioleri— y, además, editó la versión indirecta del griego Yannis Ritsos, llevada a cabo por Juan L. Ortiz —a quien Francisco Gandolfo definía como un “entrerriano universal”—.

En *el lagrimal trifurca* colaboraron con traducciones, por ejemplo, Miguel Grinberg, Aurora Venturini y Antonio Cisneros; y las versiones en español de poesía extranjera que hicieron los miembros del grupo editorial de la revista, como las de los poetas *beatnik* y contraculturales estadounidenses, por caso, deben verse como parte de una conversación con otras publicaciones del país, como las de Grinberg, o del continente, como la montevideana *Los Huevos del Plata*. Las prácticas traductorales de estos poetas y editores de provincia adquieren un

nuevo significado si se las considera teniendo en cuenta las redes que les permitieron establecer.

3. La nueva cultura editorial y la incipiente expansión de la edición de traducciones

Cabe notar que hasta aquí nos hemos referido casi exclusivamente a traducciones con derechos liberados. Excepto los libros publicados por Juan L. Ortiz en Buenos Aires y los poemas de autores vivos en el momento de las publicaciones —cuyos derechos, cabe suponer, en los casos más prolijos, habrán sido cedidos de palabra por sus autores—, el resto de las versiones a las que nos referimos no requirieron ningún trámite de gestión de propiedad intelectual. Por ende, puede afirmarse que la participación en el sistema internacional de traducciones de los agentes involucrados se limitó a los aspectos literarios, a los contactos directos entre los traductores y los autores, o entre los traductores y las instituciones que dispusieran de los textos fuentes, y que los sellos no tuvieron que encargarse de la burocracia necesaria para editar traducciones con derechos reservados. Esto es relevante, porque la gimnasia administrativa que requiere este tipo de gestiones implica conocimientos específicos y un grado de participación en el mercado para nada fáciles de obtener, que los sellos suelen adquirir no de manera individual, sino formando parte de una cultura editorial compartida, que lleva años consolidar.

Como surge de los casos referidos, hasta muy recientemente, las iniciativas de edición de traducciones literarias en soporte libro que tuvieron lugar en el Litoral argentino constituyeron iniciativas aisladas, con poca o nula proyección comercial. Pero el trabajo con traducciones de algunas editoriales recientes parece estar indicando una tendencia que, de sostenerse y extenderse a otros sellos, podría modificar esta particularidad histórica.

Como se ha señalado sucesivas veces (Botto, 2014; De Diego, 2018), a partir de las últimas décadas del siglo pasado en adelante, se ha

ido consolidando un proceso de marcada concentración editorial. Grupos transnacionales adquirieron sellos de capitales nacionales con fondos editoriales fuertes, de mucha relevancia histórica, tanto de Argentina como de otros países del continente. La gestión de estos grupos impuso, en aquellos sellos tradicionales, parámetros de gestión destinados a obtener beneficios económicos a corto plazo, lo que en general fue en detrimento de su capital simbólico. A su vez, como contrapartida, surgió una multiplicidad de sellos editoriales de pequeña y mediana escala que canalizó las ediciones de *long sellers* y obras menos lucrativas, en especial en lo que respecta a literatura. Como escribe José Luis de Diego: “el proceso de concentración ha generado una creciente polarización; esto es, la proliferación de numerosos emprendimientos editoriales pequeños que han encontrado, en la especialización de sus catálogos, las razones para su nacimiento y supervivencia” (2018, p. 331).

Este esquema polar, si bien tiene una influencia central en el ecosistema contemporáneo del libro, no modificó directamente el modo en que se editaba desde provincias. Al estar relativamente alejados de la industria editorial, los sellos locales, al menos desde los años sesenta en adelante, siempre se manejaron —como muchos sellos porteños, es necesario decirlo— con lógicas que hoy serían consideradas “independientes”. De hecho, uno de los ejemplos que suele mencionarse como pionero de este tipo de iniciativas de escala media es el de la editorial rosarina Beatriz Viterbo Editora, fundada a comienzos de los años noventa.

Sin embargo, la polarización a escala nacional e internacional tuvo consecuencias notorias, si no en la forma de editar, sí en la circulación de las ediciones de provincias. Los proyectos editoriales locales, en un breve lapso de tiempo, pasaron a ser similares a muchos de los metropolitanos en varios aspectos y a pensarse dentro de un marco conceptual compartido.

La inserción en un mercado nacional más segmentado en nichos, por otra parte, aunque de ninguna manera emparejó factores como la relación con los medios periodísticos de legitimación o el acceso a los puntos de venta de la principal ciudad del país, sí, quizás, pasó a ser relativamente más sencilla que cuando la competencia era con sellos de amplia tradición, especializados en literatura y comercialmente hegemónicos. Si a esto agregamos la influencia que tuvieron la sofisticación y la masificación de las herramientas informáticas en toda la cadena editorial, notaremos, en suma, que durante las primeras décadas del siglo XXI, en las ciudades del interior del país se presentan lógicas sectoriales considerablemente distintas a las del siglo XX. En este marco tiene lugar el incipiente crecimiento de la edición de traducciones en el Litoral.

En 1991 aparece Beatriz Viterbo Editora, dirigida por Adriana Astutti, Sandra Contreras y Marcela Zanin, todas ellas egresadas —y luego profesoras— de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Rosario. Este sello adelanta las características de muchos de los que comenzarían a surgir en Argentina en los años inmediatamente posteriores: emprendimientos autogestionados que dan cuenta de una semiprofesionalización o una nueva profesionalización en el campo editorial; que construyen catálogos de autor como gesto de autonomía y distinción, pero también para aprovechar los nichos que el mercado comercial deja vacantes; fundados por jóvenes con poca o nula experiencia en la industria a partir de un capital económico limitado, cuyos editores concentran buena parte de las tareas necesarias para la publicación de un libro.

Por otra parte, según Sandra Contreras, “el trabajo en la universidad le dio una identidad a la editorial. La editorial surge del cruce con la docencia y la investigación académica” (2020, s. p.). Efectivamente, Beatriz Viterbo repartió su catálogo fundamentalmente entre narrativa, ensayos y crítica literaria de autores argentinos

asociados a —o leídos en— la universidad, de los cuales solo alrededor del 30 % son residentes de la provincia de Santa Fe (Jacobi, 2023, p. 171). Esto hace sentido con el hecho de que el proyecto se haya planteado como una editorial de alcance nacional: “no por ser de Rosario iba a ser una editorial regionalista” (Contreras, 2020, s. p.). Según ese mismo espíritu, el sello publicó desde el comienzo un número de traducciones que, según se desprende de su catálogo, significa casi el 15 % de los títulos (20 de 138 títulos registrados a la fecha). Un número nada despreciable, dada la proporción que implican las traducciones en la producción editorial del centro del país (Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos), que —como se desprende de la detallada investigación de Jorge Jacobi—, desde 1980 en adelante, ronda el 4 % del total (Jacobi, 2023, p. 195).

Este porcentaje es todavía más significativo en el caso de Serapis, un sello editorial rosarino activo desde 2006, cuya directora, Julia Sabena, también es egresada de la carrera de Letras. Serapis lleva editados 50 títulos, entre narrativa, poesía y ensayo, la mitad de los cuales son traducciones. Y lo que resulta aún más llamativo: si se consideran solamente los títulos editados durante los últimos cinco años completos (2018-2023), la proporción de traducciones pasa de ese 50 a casi el 90 % (16 de 18 títulos publicados); en cambio, si se tienen en cuenta los primeros cinco años de existencia del sello, la cifra es del 14 % (2 de 14 títulos publicados). En el caso de Beatriz Viterbo, por el contrario, durante los últimos diez años casi no se registran traducciones, lo que constituye un indicio para pensar que las políticas de traducción de los sellos editoriales de provincia pueden variar sustantivamente según factores que habrá que precisar —por ejemplo, la disponibilidad o no de subsidios a la edición o, también, la dificultad extra que implican las traducciones, que necesariamente suman mediadores, empezando por el traductor, a la cadena de producción del libro—.

Según escribe Jacobi en su reciente tesis doctoral sobre la producción de los sellos editoriales de la región centro del país entre 1982 y 2020,

[...] el ritmo de publicación de las traducciones acompaña el ritmo general del desenvolvimiento del espacio editorial en las provincias. En ese sentido, vemos que en 1992 se inicia un proceso de paulatino crecimiento en la cantidad de traducciones, que alcanza su mejor momento, entre los años 2013 y 2015 [...], de la misma manera que el desarrollo general en los volúmenes de producción [...]. Luego de ese año, las traducciones inician un proceso de caída. (2023, p. 197)

Cabe complementar esta afirmación diciendo que, tal como se ve en este trabajo, si existieran datos para extender el período de la muestra hasta la primeras décadas del siglo xx, se podría identificar un crecimiento sostenido, quizás casi insignificante en términos cuantitativos hasta finales del siglo xx, más evidente, aunque todavía modesto, desde el año 2000 en adelante.

4. Conclusiones

Cada uno de los episodios que describe este trabajo merecería en sí mismo mayor atención. La lectura en conjunto de fenómenos que abarcan un amplio espectro cronológico, sin embargo, permite reflexionar, si no en períodos, sí en términos de tendencias y ciclos. La perspectiva de la historiografía de la traducción literaria y de la sociología de la traducción que se adoptó pretende escapar a los análisis normativos y economicistas para abarcar, en la medida de lo posible, “todo el abanico de relaciones sociales en medio del cual se producen y circulan las traducciones” (Heilbron, 2007, p. 2).

Lo primero que corresponde plantear es más una observación que una conclusión: la participación de las ediciones del Litoral argentino en el mercado nacional e internacional de traducciones es muy reducida. Desde ya, existen condicionamientos materiales que en parte lo

justifican, pero, además, es fundamental tener en cuenta aspectos de carácter simbólico.

¿Por qué un sello como Castellví no publicó traducciones cuando contaba con la estructura comercial y con recursos humanos disponibles en Santa Fe para hacerlo? Aquí se buscó explorar una respuesta a partir de las características del imaginario social de la época. Este enfoque, que atiende a las condiciones culturales del campo de recepción, se mantuvo durante todo el artículo y, creemos, es trasladable a otros campos provincianos. Sin embargo, no existe una respuesta simple a este interrogante. Es necesario preguntarse por el significado social de traducir en cada momento del campo cultural y evaluar qué incidencias puede tener en el sector editorial. Mientras tanto, en la actualidad, la porción del mercado nacional reservado a las traducciones todavía ofrece nichos vacantes y el sector editorial local empieza a explorarlos de a poco.

Por otra parte, se pudo observar que las motivaciones que dan origen a las traducciones se explican casi siempre en el cruce entre los campos culturales nacional y regional: miembros de la clase dirigente de una ciudad en crecimiento que se dan aires de letrados garabateando algunas versiones de poetas clásicos, estudiosos ocupados en presentar una base documental para darle forma a una región cultural, poetas que desde la provincia pretenden tener una visión universal de la literatura, editoras que empiezan a aprovechar las políticas de subsidios y las recomendaciones sobre textos en lengua extranjera de amigos e informantes clave. Entre todos estos casos, se puede sacar en limpio un punto en común, que aunque no es el único factor que interviene a la hora de editar una traducción ni resulta determinante, sí parece tener una importancia clave en provincias: la voluntad de establecer redes intelectuales parece primar por sobre la intención de importar novedades literarias.

Por último, vale hacer un llamado de atención sobre un aspecto que atravesó subrepticamente

todo este trabajo y conviene poner en relieve: la gravitación del sector público en las políticas editoriales de traducción en provincias. Esto abarca aspectos que van más allá de los subsidios estatales a la producción editorial. Desde la traducción de Ulrico Schmidl de Edmundo Wernicke editada por la UNL, pasando por las traducciones de otras crónicas de viaje de la colección *El País del Sauce* de EDUNER, hasta la publicación de la versión de Arturo Fruttero de los *Cuatro cuartetos* de Eliot (2022) —por nombrar solamente casos descriptos en este trabajo—, los sellos editoriales con financiamiento público, universitarios, provinciales o municipales, han desempeñado un rol fundamental. En las universidades de Rosario, del Litoral y Entre Ríos, además, se formaron muchos de quienes hicieron estas traducciones, pero también las editoras que las publicaron. Si existe potencial de crecimiento para la edición de traducciones desde el Litoral argentino, aprovecharlo requerirá de que iniciativas públicas y privadas se complementen.

Referencias

- Aguirre, O. (2004). Las versiones rosarinas. *Lucera*, (6), 48-53. <https://ahira.com.ar/ejemplares/lucera-n-6/>
- Alzari, A. (2020). La poesía social de Juan L. Ortiz. En J. L. Ortiz, *Obra completa*. Vol. 2. *Hojillas* (pp. 51-72). Ediciones UNL / EDUNER.
- Beck-Bernard, L. (2013). *El río Paraná. Cinco años en la República Argentina*. Ediciones UNL / EDUNER.
- Bastin, G. L., Echeverri, A. y Campo, A. (2004). La traducción en América Latina: propia y apropiada. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, (24), 69-94. https://ddd.uab.cat/pub/1611/1611_a2014n8/1611_a2014n8a7/Georges-Bastin.pdf
- Botto, M. (2014). Concentración, polarización y después. En J. L. de Diego (Dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)* (pp. 219-269). Fondo de Cultura Económica.
- Borges, J. L. (1996). El escritor argentino y la tradición. En *Obra completa I* (pp. 267-274). Emecé.
- Brasca, E. (2024). *Arturo Fruttero, traductor*. Mimeo.
- Brascó, M. (Comp.). (1957). *Antología universal de la poesía* (2.ª ed.) Castellví.
- Busaniche, J. L. (2013). Noticia preliminar. En L. Beck-Bernard, *El río Paraná. Cinco años en la República Argentina* (pp. 175-184). Ediciones UNL / EDUNER.
- Carrasco, G. (1893). *Cosas de Carrasco*. Jacobo Peuser.
- Contreras, S. (2020). *Entrevista, por Bernardo Orge*. Mimeo.
- De Diego, J. L. (2018). La literatura y el mercado editorial. En J. Monteleone (Dir.) y N. Jitrik (Dir. Gral.), *Una literatura en aflicción* (pp. 319-349). Emecé.
- De Diego, J. L. (Dir.). (2014). *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*. Fondo de Cultura Económica.
- Domínguez, M. C. (2018). La traducción literaria, “un laboratorio de escritura”: revistas culturales, género y plurilingüismo. Entrevista a Andrea Pagni. *Anclajes*, 22(3), 119-135. <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/anclajes/article/view/2635>
- El Jaber, L. (2016). Notas sobre esta edición. En U. Schmidl, *Derrotero y viaje a España y las Indias* (pp. xxxvii-xli). EDUNER.
- Eliot, T. S. (2022). *Cuatro cuartetos*. Editorial Municipal de Rosario.
- “El País del Sauce”, una colección que recupera la región cultural. (2012). *UNL Noticias*. https://www.unl.edu.ar/noticias/news/view/“el_pa%C3%ADs_del_sauce”_una_colecci%C3%B3n_que_recupera_la_regi%C3%B3n_cultural
- Falcón, A. (2016). La traducción editorial en Argentina. *Puentes de crítica literaria y cultural*, (5), 6-15.
- Falcón, A. y Willson, P. (2022). Argentina. Historia de la traducción literaria. *Enciclopedia de traducción e interpretación*. <https://doi.org/10.5281/zenodo.6362186>
- Fernández Bravo, A. (2017). An episode in provincial cosmopolitanism. *Journal of World Literature*, 2(1), 118-131. <https://doi.org/10.1163/24056480-00201009>
- Fontana, P. y C. Román. (2009). Un tesoro encerrado en una caja de cristal

- opaco. Carlos A Aldao, primer traductor viajero de la literatura argentina. *vii Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria, La Plata, Argentina*. <http://citclot.fahce.unlp.edu.ar/vii-congreso/actas/ponencia-220922154446884816/@@display-file/file/FontanaRoman.pdf>
- Fruttero, A. (2000). *Obra poética y otros textos*. Editorial Municipal de Rosario.
- Heilbron, J. (2010). *Structure and dynamics of the world system of translation*. Unesco, International Symposium "Translation and Cultural Mediation". https://ddd.uab.cat/pub/1611/1611_a2015n9/1611_a2015n9a4/Heilbron.pdf
- Heilbron, J. y Sapiro, G. (2007). Outline for a sociology of translation: Current Issues and future prospects. En M. Wolf y A. Fukari (Eds.), *Constructing a sociology of translation* (pp. 93-107). John Benjamins. <https://doi.org/10.1075/btl.74.07hei>
- Jacobi, J. (2023). *Dimensiones geográficas del libro. Producción y circulación de las ediciones literarias en las provincias de Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos (1982-2020)* [Tesis doctoral]. Instituto de Desarrollo Económico y Social, Universidad Nacional de General Sarmiento. <https://revistas.ungs.edu.ar/index.php/po/article/view/834>
- Manauta, J. J. (1997). Juan José Manauta, en Testimonios entrerrianos. *Xul. Signo Viejo y Signo Nuevo. Revista de Literatura*, 12, 44-46. <https://ahira.com.ar/ejemplares/xul-signo-viejo-y-nuevo-no-12/>
- Megías, A. (2010). La formación de la ciudad. En A. Prieto, A. Megías, R. D'Amelio, P. Montini, y A. M. Rigotti, *Ciudad de Rosario* (pp. 11-54). Editorial Municipal de Rosario.
- Montini, P. (2010). El programa cultural de la burguesía. En A. Prieto, A. Megías, R. D'Amelio, P. Montini, y A. M. Rigotti, *Ciudad de Rosario* (pp. 111-148). Editorial Municipal de Rosario.
- Mulhall, G. (2003). San Luis, hombres y mujeres constructores de su historia. s. d.
- Ortiz, J. L. (2016). *Una poesía del futuro. Conversaciones con Juan L. Ortiz*. Mansalva.
- Ortiz, J. L. (2020). *Obra completa*. Vol. 2. *Hojillas*. Ediciones UNL / EDUNER.
- Pagni, A. (2014). Hacia una historia de la traducción en América Latina. *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, 14(56), 205-224. <https://doi.org/10.18441/ibam.14.2014.56.205-224>
- Paucke, F. (2010). *Hacia acá y para allá (Memorias)*. Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.
- Prieto, M. (2006). *Breve historia de la literatura argentina*. Taurus.
- Redacción Clarín. (2011). Los místicos, una especie en extinción [Entrevista a Hugo Padeletti]. *Revista Ñ*. https://www.clarin.com/rn/literatura/poesia/Entrevista_Hugo_Padeletti_0_r1FeJ4Knvme.html
- Sapiro, G. (2008). Translation and the field of publishing. *Translation Studies*, 1(2), 154-166. <https://doi.org/10.1080/14781700802113473>
- Schmidl, U. (2016). *Derrotero y viaje a España y las Indias*. EDUNER.
- Venturini, S. (2020). Juan L. Ortiz, traductor. En J. L. Ortiz, *Obra completa*. Vol. 2. *Hojillas* (pp. 103-119). Ediciones UNL / EDUNER.
- Wernicke, E. (1944). El P. Florian Paucke y su libro, juzgado por su traductor. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 4, 247-251. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/25461>
- Wernicke, E. (2016). Manuscritos, copistas, editores. Palabras del traductor. En U. Schmidl, *Derrotero y viaje a España y las Indias* (pp. 151-157). EDUNER.
- Willson, P. (2005). Elite, traducción y público masivo. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias y Culturales*, (25), 235-251.
- Willson, P. (2008). El fin de una época: letrados-traductores en la primera colección de literatura traducida del siglo xx en la Argentina. *Trans. Revista de Traductología*, (12), 29-42. <https://doi.org/10.24310/TRANS.2008.v0i12.3126>

Cómo citar este artículo: Orge, B. (2024). Edición y traducción de literatura en el Litoral argentino. Un relevamiento contextualizado desde finales del siglo XIX en adelante. *Mutatis Mutandis, Revista Latinoamericana de Traducción*, 17(2), 460-477. <https://doi.org/10.17533/udea.mut.v17n2a11>